

Addys Attías de Cavallín: “La mujer no acaba de saber qué quiere”

María del Carmen Míguez

En esta entrevista, la psicoanalista venezolana expone sus puntos de vista y experiencias en relación con la mujer, el trabajo con adolescentes y la técnica de trabajo psicoterapéutico con grupos.

Usted es muy reconocida en el mundo psicoanalítico por su habilidad para la clínica, por su acucioso ojo clínico. ¿Qué nos puede decir sobre eso? ¿A qué se lo atribuye?

Eso tiene varias respuestas. Yo no reniego de mi formación médica en mi trabajo analítico. Posiblemente por la misma identidad médica, siempre me ha conmovido el dolor e investigar el porqué de éste. Aunque haya quienes cuestionen si el análisis cura o no, yo todavía voy con esa carga encima. Insisto en que uno tiene que abordar al paciente desde una postura de aliviar. Quiero que el paciente se enganche, independientemente de que, después, todo lo que yo he metido como identidad analítica lo utilice. La aproximación va. Aunque voy a analizar y no sé si va a entrar en análisis, quiero ayudarlo. Esto me parece que el paciente lo capta.

Todo paciente que tomo es alguien con el que me gusta estar. Con ese paciente, sea en un enganche analítico o terapéutico, trato de que estemos en situación de bienestar. A pesar de que se dé el mayor *impasse*, porque se dan *impasses*, ¿no? Me comprometo, me siento comprometida.

¿No piensa que en esa capacidad para ver la dinámica del paciente o su necesidad de ser aliviado y ayudado interviene también una cierta mirada fe-

menina? ¿El hecho de que usted es mujer, aparte de analista, y se ha interesado en estudiar esta perspectiva?

Es curioso porque me siento cómoda, con el punto de vista que me da ser mujer. Tal vez por los logros de la maternidad y ahora en el abuelazgo, me parece extraordinaria la capacidad de uno de crear vida. Pero yo no creo que sea sólo lo femenino, porque es una postura que también el hombre puede tener. Tal vez, más allá del género siento que es una posición, a lo mejor, materna, de tratar de contener y entender el dolor del otro. Me parece que en esa línea va.

A lo mejor intento, si eso es femenino, más capacidad de escucha; si eso es femenino, ser más amable con la persona que viene; si eso es femenino, brindar cierta situación de comodidad al paciente, cierto nido inicial. Entonces, puede ser que eso sea femenino, pero también lo es contener... No estoy segura de que esto lo hace el género, porque a veces me escucho funcionando en una posición –tal vez con los años, y el paciente lo agradece– de límite. Con los años me he ido pasando a una zona neutral, porque empiezo a darme cuenta de que, además de entender, debo permanecer en la interpretación para ver si se da el cambio. Es como si lo lleváramos a la línea de la madre o de la mujer, que está conteniendo, pero también debe implementar el no, la función del no. No resulta tan fácil para el paciente darle un no a lo que aspira, a las cosas que quiere como gratificaciones, cambios de hora, por ejemplo. O sea que yo pienso que en este momento, paradójicamente, sigo enganchando con muchos pacientes en la clínica, usando la posición de más firmeza, que es más compromiso.

¿Qué le han enseñado los años acerca de este oficio, tan difícil y tan exigente?

Bueno, siempre soy muy curiosa. Cada vez me doy cuenta de que el paciente, que a veces se me presentó de una manera, es un poco distinto. Con los pacientes y con la vida tengo un poquito más de temor. Soy menos audaz con los años. Eso me ha hecho más callada, yo soy muy habladora. Pero ahora siento eso, “bueno es muy frágil”, entonces voy con más cautela.

También, en la medida en que uno reconoce que con los años ni se es más sabio, ni más condescendiente con los errores, me he vuelto más indulgente con las patologías. El *furor curandis* que parecía que era lo que enganchaba en la clínica, ahora digo “ya vendrá”, “ya entenderá”. Me doy más tiempo. Lo que quiero decir es que hay que esperar a ver... Cuando veo que el paciente es vulnerable y que tiene temor.

¿Cómo ve la aceptación del psicoanálisis a lo largo de este tiempo, en los pacientes que usted recibe, en su práctica clínica?

Fíjate, como nombre, la gente aún busca el análisis y recibo a una población que trae cierto conocimiento y dice “yo quiero venir tres veces por semana”.

Pero yo tengo un tiempo pensando que el trabajo analítico -cuando hay movimientos de lo que se llama enfermedad social, países en crisis- y la capacidad de analizarse se empobrece. El paciente cuando se viene a analizar hace un formato analítico, y me preocupa mucho que cuando interpreto la proyección del paciente frente a la enfermedad social actual, el paciente me la rebota invadido por el miedo.

¿Por qué será? ¿Será porque los pacientes tienen que atender con igual premura las emergencias de lo externo, de la realidad?

Bueno, vamos a hablar de eso en el próximo Encuentro de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas. Hay personas que sí trabajan su mundo interno y entienden, aceptan cuando yo les devuelvo el otro proyecto. Yo creo que la realidad social está tocando justamente lo que se da en el paciente: se siembra más miedo en el miedoso, por ejemplo.

Son personas que aunque parecieran dispuestas a analizarse y con una gran capacidad intelectual, vienen con una gran precariedad emocional y lo que ocurre externamente les produce un fuerte impacto. Usualmente, es una combinación de lo que es esa persona, ante una vivencia social. En estos casos, me permito insistir en eso, en que es una proyección, para luego darme cuenta y medir que el paciente es más frágil de lo que yo creí.

La mujer y sus múltiples contradicciones

Hay una frase que le he escuchado en varias oportunidades: “La mujer y sus múltiples contradicciones”, ¿a qué alude? ¿Acaso a la dificultad para conciliar el aspecto profesional con el rol familiar o el materno, que se le ha exigido a la mujer tradicionalmente?

Tú me preguntabas si la química era por ser mujer. Yo pienso –y ahora lo veo todavía más acentuado– que la mujer está muy sobreexigida, por un papel que se coloca ella misma históricamente. Yo digo en chiste que salimos al mundo buscando reivindicarnos, pero vestidas de hombre, con pantalono-

nes, actuando como hombres. En esa mascarada cuando queremos ser consentidas, ¿quién nos va a consentir? Y ahora veo cada vez más, la postura severa de las mujeres –que al mismo tiempo van teniendo logros– en una actitud de: “Mira mi poder, tengo poder”. Pero después quiero ser menos poderosa para que un poderoso me dé la mano, me cobije.

Creo que la mujer todavía no acaba de saber qué quiere la mujer. Yo tengo una hermosa paciente, que es una médico joven, muy luchadora. Tiene un formato bastante sano. Aunque tiene su pareja, ella llega y se queja del recargo y me dice duro: “Esta es una enfermedad gremial, es un proceso gremial. Las mujeres estamos mal”. Yo digo que podría ser un asunto de salud pública.

Pienso que la división debe ser eliminada, porque ellos también están sufriendo. Pero como el hombre sigue montado en esa figura de fuerte, se calla la boca, no dice que está atropellado. En ese conflicto que es casi de salud pública –en el sobrecargo de la mujer– está la mujer metida, porque estamos ambivalentes, no sabemos en qué rol nos vamos a poner.

Y a parte del sobrecargo físico, que he visto en pacientes y en otros momentos he vivido yo misma... (en ese artículo que yo llamé “Fantasías de la liberación” lo planteo) veo que la mujer al no saber qué quiere, pretende que el hombre se lo conteste. Además, las mujeres somos tan enredadas en ese aspecto, tenemos un verbo rápido, somos muy “habladoras”, pero a veces no sabemos lo que estamos diciendo. Creo que tenemos que ser menos habladoras y más consistentes.

O sea, que usted no ve a la mujer de hoy en día más clara en sus objetivos.

No, la veo muy recargada. Hay un malestar. Para saber qué quiero, tengo que sentarme a pensar qué quiero. Yo no lo puedo hacer en una triple jornada de trabajo. Sobre todo en los roles de esposa y de madre, en los que las personas suelen hacer elecciones muy apresuradas, inclusive para tener hijos. Antes pensaba que la sobrecarga era una neurosis de reivindicar todos los antepasados de mujeres maltratadas y sometidas. Ahora todas queremos reivindicar eso.

Tú me estabas hablando y me vinieron imágenes así como el falo de las pinturas primitivas, o las figuras de mujeres ventradas (embarazadas), ¡caramba!, a esa se le dio muchísimo valor. La mujer como creadora de vida. Pero también ella misma se priva de su capacidad de disfrutar. Eso es lo que yo veo, que hay mucha dureza en la mujer. Bueno, estoy hablando de la mujer en mi ámbito cercano y las pacientes. No sé cómo son otras

mujeres. Y en la intimidad del análisis, donde la gente puede abrir su verdad.

Pienso que la mujer debe abrirse un espacio y pensar: “¿qué quiero yo?”. Como persona, “¿qué quiero yo?”. El ser humano debe buscar cómo vivir mejor y eso pasa por pensar qué quiere.

La mujer ha buscado y ha investigado sobre el placer, el punto G, la sexualidad. Eso lo ha hecho muy bien. Pero lo ha hecho, pienso, abandonando todo lo que puede ser la ternura, que también es una cosa de mucho deleite. Que puede ser el equivalente de los juegos previos eróticos. Todo lo que significa ser cuidada y dejarse cuidar.

La capacidad de saber recibir es muy difícil a veces. La mujer se considera dadora universal y sigue pregonando y silenciando la sobrecarga. A lo mejor como señalas, le da placer. Cada vez le cuesta más a la mujer recibir. Creo que lo siente como un signo de humillación o de dominación más bien.

Puede ser de dominación. A parte de toda la cultura que te meten, como que la mamá tiene que estar allí, la mamá no es persona si es madre. Porque eso está más ligado cuando la mujer tiene la carga familiar, hasta que la mujer tiene hijos se permite más zonas de placer. Me parece, cuando me preguntabas esas contradicciones, que el que la mujer acepte el Día de la Mujer es ponerse en una posición de disminución. ¿Qué es eso?

Déjame decirte que a mí me encantan los hombres con alma femenina.

En su artículo “Las fantasías de liberación” dice algo muy interesante: “la mujer está buscando un hombre muy masculino, pero al final del día quiere uno que pueda abrazarla y cantarle una canción de cuna”. O sea, justamente son los aspectos femeninos del hombre, afecto, cariño, los que pueden hacer a una mujer acercarse más a su feminidad.

Sí, que es esa mujer sabia, que hace a un hombre con un aspecto de ella adentro, para poderle dar a la otra persona, a la futura mujer de ese hombre, esa condición femenina que lo hace más viril, y esto en sí, nos atrapa.

No sé si al revés sirva (*risas*).

Y, si la sobrecarga es el conflicto de la mujer ahora, ¿cuál piensa usted que es el del hombre, en sus vínculos de pareja y en su relación con la mujer?

Bueno, que el hombre parece que nació ya en la divinidad, es perfecto y completo. Eso está en todas partes, la mujer viene de la costilla del hombre, eso me parece muy injusto. El hombre debería también atreverse a asumir

sus aspectos débiles, a darse cuenta de esto. Yo creo que lo ha hecho en silencio y después irrumpe en la pareja. Al hombre no se le ha dicho a dónde va la mujer. Como no sabe a dónde va la mujer, se vincula con la más cercana y después se siente atropellado. Yo lo veo acá. Por un buen tiempo no saben qué pasa, llegan en crisis y denuncian el maltrato. El hombre siente el maltrato de la mujer, generalmente verbal. Porque la mujer al no hablar claro de lo que quería, le puede adjudicar al hombre la carga.

Lo que pasa es que no sabemos si se goza mucho con esto. A lo mejor ambos son maltratados, ambos disfrutamos eso. Yo digo que la mujer se auto maltrata en el recargo y el hombre se deja maltratar porque cree que ése es el rol de él. No sé.

Y la maternidad, los hijos, ¿cómo quedan en esta pareja contemporánea?

Un tema precioso. Me preocupa desde la postura de abuela la entrega de los hijos a otras personas, por ejemplo. Desde que la mujer se sobrecargó delegó muchos momentos identificatorios de sus hijos a personas que, muchas veces, no son lo que uno querría. Entonces, la mujer debe dar un espacio, debe planificar un poco su maternidad.

Me preocupa ver las consecuencias del tiempo que se les da a los hijos. Me parece que es un mito eso que se decía antes, de que lo que importaba era la calidad, no la cantidad. El niño pequeño exige cantidad, sobretodo en la función madre, por la misma necesidad de amamantar al bebé y todas esas cosas que ya sabemos. Hay una situación de varias figuras. Hace mucho tiempo escuché decir que cuando uno tenía tres mamás, la propia madre y dos figuras sustitutas, en lugar de tres madres se tenía sólo un tercio de madre. Me preocupó mucho.

Y esas tres mamás, ¿quiénes son?, ¿la abuela, la niñera y la mamá?

Yo me consolé, porque eso me asustó mucho escucharlo, confiando en mi mamá, que tiene una condición materna muy buena. Y que la figura sustituta, que fueron múltiples, intentaba elegirla buscando la condición del cariño y sabiendo que tenía fecha de vencimiento. No me iba a amarrar, por comodidad, no iba a hacer eso tampoco.

Yo diría que la mujer debería... la maternidad a veces es una lucha. Las mujeres hoy en día paren menos porque es una lucha con el trabajo y la propia realización.

Bueno, las condiciones de vida han cambiado también, ¿no? A veces la mujer no puede escoger quedarse en la casa.

La mujer tiene que aportar económicamente. Inclusive hay que hacerlo gradualmente. Se disminuye la cantidad de hijos seguramente, pero saber que hay que darle cantidad al niño. Yo diría que la mujer tiene que cautivar a la pareja que adoramos e incluirla en el manejo del niño. Para que desde el comienzo, aunque ella tenga el privilegio de tener la leche que amamanta, cuando su pareja le dé la mano, se la dé también al bebé. Así como se comparten los roles económico y administrativo de la casa, se comparta la crianza del hijo. A veces el padre delega, porque la mamá cree que el bebé es propiedad privada y es solamente asunto de ella. No, es asunto de los dos, eso hay que replanteárselo.

¿Y no tener hijos?

Es una decisión. Yo pienso que puede ser muy sabia si uno no tiene la condición del maternaje pronunciada. No por parir se es madre. Hay personas que son muy maternas, las que eligen la adopción, una tía. Pero esa es una decisión: “¿Puedo tenerlo?” El hijo necesita a la madre, no la madre necesita al hijo. Deberíamos atrevernos, ya como prevención, a hacer grupos y escuelas de padres. Sacrificarnos en muchos aspectos ante la crianza de hijos, educarnos en eso, porque nos iniciamos con mucha ignorancia y luego viene un rebote de culpa que nos atropella. Reflexionar sobre cómo administramos esa realización de aprendizaje en la que nos estamos metiendo, qué es eso de ser padres, eso en lo que no estamos metiendo.

Los grupos pueden ayudar al analista

Y usted que acostumbra a trabajar en grupo, ¿cree que en estos momentos el trabajo en grupo pudiera tener más cabida que el trabajo individual?

Bueno fíjate, yo soy una enamorada de los grupos desde hace muchísimos años. No me puedo imaginar sin trabajar con grupos. Pienso que tienen una enorme ventaja para el paciente y para el analista. Para el paciente, porque hay una atmósfera, un protagonismo de escucha muy importante. Y se puede ver un movimiento del Yo grupal que es muy movilizador.



Yo estoy haciendo ahora una modalidad que antes no utilizaba. Antes trabajaba con el paciente solamente en grupos, ahora insisto en verlo también a solas, para revisar eso que se movió en el grupo, si hay algo más que de lo que pueda hablar.

Hace algunos años se decía que no era muy bueno porque había un paciente privilegiado, individual y otro que se sentía excluido en el grupo. Pero eso se trabaja también. Realmente deberíamos abordar más la terapia de grupo.

Yo hago esos cierres nocturnos. Cierro con un grupo que me enriquece y me hace sentir muy bien en la tarea, porque veo cosas que los demás me muestran. Es la sabiduría del grupo, a pesar de que en el grupo también puede haber un concepto equivocado... la masa empobrece a veces.

¿Qué habilidades, como analista, hay que tener para trabajar con un grupo? En realidad los psicoanalistas no son entrenados para este tipo de trabajo.

Tuve mi primera experiencia en grupo con el doctor Antonio García. En ese momento no entendí nada de lo que pasaba ahí, pero me gustó. Pienso que los grupos pueden ayudar también al analista, y la condición sería que le guste. Éste es un trabajo muy solitario. Y en el grupo, a pesar de mi rol, que intento no perderlo —aunque insisto, ahora estoy más callada—, me alimenta el contacto con la humano, la dimensión del compartir, del silencio y aún del mayor control que puedo tener. Lo mejor para el analista que desea iniciarse en los grupos será que le guste la tarea de compartir y de exponerse.

El grupo también dice cosas a sus conductores...

Sí, claro. Son personas muy inteligentes y que de alguna forma están captando la debilidad del analista. Pero es interesante, un reto para la capacidad de pensar. Para memorizar los conflictos propios y actualizarlos. Uno puede salir muy lastimado de observaciones fidedignas que hacen de uno. Aquella famosa frase, que yo nunca entendí, sobre si “paga uno y se curan dos”; aquí pagan varios y se cura uno. Pero lo importante es que hay una unión muy íntima de varios con el analista. Muy interesante. Lo que se necesita es gustar de la gente y asumir el riesgo de exponerse.

A mí me parece también como un ejercicio gimnástico. Ese encuentro tan intenso desde el grupo, que está evaluando constantemente tu capacidad, porque te devuelven cosas que no son gratas de escuchar. Que te obliga a abrir un espacio interior para ver qué pasó ahí, reconocerlas e integrarlas.

También se observan las resistencias, la negación, todo se da en el grupo. Pero cuando uno está allí, la necesidad de ayuda del paciente se ve más clara. Porque el paciente, desde el diván, asume un rol, que se le impone... uno le dice “asocie libremente”; pero existe una contradicción. Cuando el paciente no se levanta del diván, es como más comedido, está más encajonado. Él también se limita. En el grupo con el cuerpo, el movimiento, el gesto, uno siente que el paciente está más vital y pide más. Más que el por qué, el para qué, hay alguien que está ahí enredado, reviviendo el error. Hay un sufrimiento, a pesar de que a veces ese sufrimiento es un negocio y se prefiere sufrir más antes que costearse la sanidad.

¿Ha hecho grupos con adolescentes, también?

Claro, cómo no. En estos momentos no tengo. Yo comencé con grupos de adultos y adolescentes al unísono y duraban todos un año, un poco lo necesario para estudiar mi experiencia. En este momento tengo grupos de adultos todos los días y no tienen fecha de cierre. Son grupos de ocho personas y existe el compromiso de que cuando sale una, entra otra. Los grupos de adolescentes insisto en que sean sólo de un año, que sea corta la experiencia, no quiero abrumarlos.

De los jóvenes me gusta la capacidad de renacer. La capacidad de rehacerse ellos mismos cuando hay una dificultad. Me gusta mucha cierta irreverencia ante la posición del analista. Yo respeto su irreverencia, pero no les respondo con irreverencia. Yo en el papel de persona mayor los respeto, es difícil la asimetría de edad. Pero qué bueno que son tan audaces.

Hay analistas que opinan que a partir de cierta edad no se debería trabajar con niños y adolescentes. Hay otros que piensan que, justamente, el trabajo con ellos tiene aspectos tan difíciles que mientras más experiencia se tenga como analista, mejor será el fruto de ese trabajo. ¿Qué piensa usted?

No me lo he planteado nunca así. Lo veo desde el disfrute que me da la edad del adolescente. Me encanta ver esa fuerza que traen. Me preocupa la encrucijada entre padres y adolescentes. Trato de ayudarlos, trabajo con las familias; he hecho varias integraciones.

Yo pienso que no es cuestión de edad del analista, hasta que alguna vez, posiblemente, alguna dificultad, la misma senectud, te diga “alto”. En estos momentos el paciente viene por voluntad propia y al mantenerse te dice “quiero permanecer aquí”, “todavía me estás entendiendo”.

Aunque los jóvenes son empujados generalmente a terapia por lo padres, y también sacados de terapia por ellos.

Eso es verdad. Tal vez yo suelo recibir a un joven al que se le asoma la posibilidad desde un padre que ha estado en análisis. Muchos de los jóvenes que se acercan vienen estimulados al conocimiento analítico por sus padres, que han estado en análisis. En estos casos, uno siente que los padres tratan de hablar, insisten en que continúen. Yo con los años, he entendido que no es fácil tener un vocero del análisis en la familia cuando la familia no quiere tratarse. Yo no quiero cercar a un joven, con armas analíticas, en una familia sorda y ciega, sino que trato de moderar. Antes era más incisiva. Él tiene un conocimiento, la familia no lo tiene... Ahora protejo al paciente ofreciéndole algo más condensado, ya no lo hago tan largo.

¿Qué quiso decir con la metáfora del muñeco de trapo en su libro sobre adolescentes?

Cada vez que veo la desesperanza de los padres. Vienen, me llaman. Y me preguntan: ¿Y yo qué hice? ¿Por qué me tocó este hijo así? ¿Dónde me equivoqué? El muñeco de trapo, es una metáfora que yo tomé por la posición que adopta el joven adolescente, con un cuerpo que no puede frenar porque está creciendo y se desploma en la silla y se va a acomodando en la silla como si fuera un muñeco de trapo. Pero más allá del esquema corporal, también incluye elementos de una familia que lo pone como si no tuviera personalidad propia. Como si fuera un títere.

Pero, paradójicamente, aunque está desplomado, está pasando por un proceso muy activo que refleja su sensación de pesar, de confusión, ante su cuerpo que crece autónomamente y él no lo puede controlar, cuerpo que crece y cuerpo que desea; prefiere intentar detenerse. Además, su sentimiento de pesar se explica porque está haciendo un duelo por su cuerpo infantil, por su rol infantil y por los padres que perdió, que eran más amables antes que ahora. También quiero calmarlo y decirle que la obra no está concluida. Yo le digo a los papás: “Cálmate, está creciendo. No se ha culminado la obra.” Hay mucha desesperanza en los padres de los adolescentes, porque quieren verlo rápido acomodadito. Proyectan mucho en sus hijos sus propios fracasos. Entonces yo les digo que él está como paralizado hasta que agarre y diga: “Me paré.” Y a veces nos sorprenden con cosas hermosas, que los papás han sufrido por no ver la esperanza, se imponen algo de mucho dolor, de mucha acusación, de mucha vergüenza social: “¿Qué hice yo para esto?”.